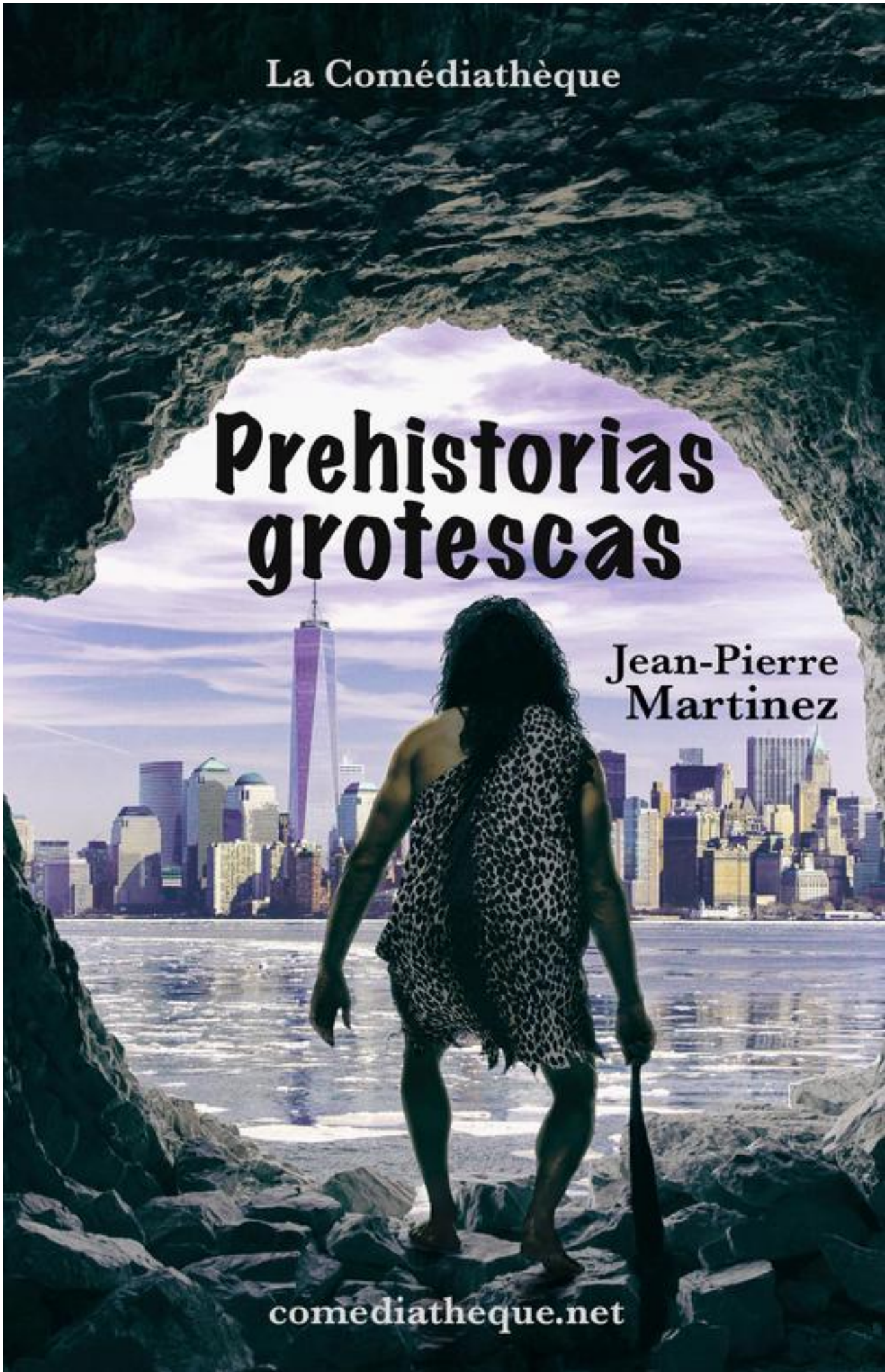


La Comédiathèque

Prehistorias grotescas

Jean-Pierre
Martinez

comediatheque.net



**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Prehistorias grotescas

Jean-Pierre Martinez

En una posible prehistoria quizás por venir, Sapionces y Nandertales conviven en armonía. ¿Pero dos especies humanas, no es acaso demasiado?

Personajes

Ken : el jefe
Rac : el guerrero
Aki : el cazador

Zora : la artista
Mika : la cocinera
Kéa : la inventora

Eduardo : el Nandertal
Beatriz : la Nandertal

ACTO 1

Kea, vestida con piel de animal, está haciendo agujeros en un objeto difícil de distinguir con la ayuda de un sílex. Mika llega, vestida de la misma manera, pareciendo congelada. Lleva un haz de leña.

Kea – No parece estar cálido afuera.

Mika – Me pregunto si nos dirigimos hacia otra era glacial.

Kea – Afortunadamente, tu hombre acaba de regalarte un nuevo abrigo de piel.

Mika – Voy a hacer un poco de fuego, eso nos calentará.

Kea asiente con la cabeza.

Kea – Aquí, traje algunos sílex.

Mika – De todos modos, tengo que empezar con la cocina...

Kea – ¿Qué nos estás preparando para el almuerzo?

Mika – Aki se fue a cazar. No sé qué nos traerá...

Kea – Espero que no sea un mamut. Empiezo a cansarme de eso, ¿no te pasa lo mismo?

Mika – El problema con el mamut es que cuando matas uno, tienes carne para comer durante un mes, mañana, tarde y noche...

Kea – Deberían hacerlos más pequeños, sería más práctico.

Mika la mira un poco desconcertada.

Mika – Y tú, ¿Qué estás fabricando?

Kea muestra el cráneo en el que está trabajando.

Kea – Es el cráneo de Yaya. Voy a hacer agujeros en él, así podremos usarlo como colador...

Mika – Muy bien... (*Pausa*) Pero, ¿quién es Yaya?

Kea – ¡La madre de Papá! Antes de que fuera atropellada por una manada de uros justo después de salir de la cueva.

Mika – Ah, sí, es cierto... No recordaba eso en absoluto...

Kea – De esta manera, recordaremos a Yaya cada vez que usemos el colador...

Mika – Eres demasiado sentimental, Kéa...

Kea – ¡Y con sus dientes, me hice un collar! ¿Lo has visto?

Mika – ¡Es muy bonito!

Kea sonríe.

Kea – Y cuando Papá muera, ¿también lo comeremos?

Mika – ¿Por qué no lo comeríamos?

Kea – No lo sé... Me molesta un poco comer a los muertos. Especialmente cuando son de la familia...

Mika – Es la tradición.

Kea – Tienes razón... Así siguen siendo parte de nosotros.

Mika – Exactamente.

Kea – Cuando alguien muere, hacemos una buena comida evocando la memoria del difunto mientras lo masticamos...

Mika – Y ese día, al menos, no tenemos que rompernos la cabeza pensando qué vamos a comer...

Kea – Según Zora, también sería una forma de apropiarnos del alma de nuestros seres queridos fallecidos...

Mika – Sí, eso admito que no lo creo mucho...

Kea – De hecho, pensándolo bien, me pregunto si no nos lo hemos comido ya, Papá...

Mika – ¿Ah sí?

Kea – Hace uno o dos años, creo...

Ken, el jefe del clan, llega vestido como los demás pero con una decoración adicional, como una especie de tocado que indica su función.

Ken – Yo ya tengo hambre. ¿Qué vamos a comer?

Mika – Aki todavía no ha vuelto de la caza, Gran Jefe...

Ken – La caza se ha vuelto cada vez más escasa últimamente...

Mika – Sin embargo, Zora nos había prometido que con sus pinturas en lo profundo de la cueva, los mamuts volverían...

Kea – Y que traería suerte a nuestros cazadores...

Mika – Pobre Aki... Espero que no le haya pasado nada...

Kea – Tú que decías que yo era sentimental...

Mika – ¿Qué?

Kea – Tú también te preocupas por tu hombre cuando tarda en regresar de la caza... Es cierto que está para comérselo...

Mika – No hables de desgracias, Kéa, preferiría que no sea nuestra comida de mediodía...

Ken – Al menos tendríamos algo para masticar...

Mika – Bueno, no tengo mucho tiempo, yo...

Mika se agacha para recoger su haz de leña y la mirada de Ken se fija en su trasero. Él pone una mano en las nalgas de Mika.

Ken (con una mirada cómplice) – Voy a ayudarte a encender el fuego, Mika, eso me mantendrá ocupado mientras tanto...

Mika – Pero Gran Jefe... ¿Y Aki?

Ken – ¡Aki está cazando! Y ya conoces el dicho...

Mika – No.

Ken – ¡Quien va a la caza, pierde su lugar!

Mika – No conocía ese dicho...

Ken – Es normal, acabo de inventarlo... ¡Incluso los dichos deben ser inventados algún día!

Mika – Bueno... Nos vemos luego, Kéa...

Kea – Así es, ve a avivar la llama...

Ken y Mika salen. Zora llega, con el mismo aspecto que los demás pero con un estilo zombie, adornada con numerosos amuletos.

Kea (sobresaltada) – ¡Me asustaste, Zora! Entonces, ¿cómo van esos trabajos de pintura?

Zora – Casi terminé. ¡Verán, será grandioso!

Kea – ¿Qué representa?

Zora – En este momento, estoy en mi período animal. Pinto escenas de caza.

Kea – ¡Deberías ir a cazar en lugar de embadurnar las paredes de la cueva! La pintura no alimenta a nadie...

Zora – Nunca entenderán el arte rupestre... ¡Estoy trabajando para la posteridad!

Kea – La posteridad... Menos mal que nunca vamos a esa parte de la cueva. ¿Te imaginas si recibimos visitas?

Zora – ¡Pero nunca recibimos a nadie! Ese es el problema. Y cuando invitamos a alguien a cenar, por lo general, él es el plato principal...

Kea – Sí, no te falta razón.

Zora – ¿Y si organizamos una exposición? Podríamos invitar a los vecinos...

Kea – ¿Una exposición?

Zora – ¡Una pequeña recepción! Para mostrar mis obras...

Kea – Eso... Y por qué no venderlas también...

Zora – Podrían aumentar de valor.

Kea – Y para llevárselas, ¡los clientes tendrían que llevarse toda una pared de la cueva! ¡Nuestra cueva!

Zora – Tienes razón, me pregunto si no debería cambiar de soporte...

Kea – ¡Podrías pintar sobre cráneos! Al menos no ensuciarías las paredes...

Zora – Ah sí, es una idea... Podría llamarlas naturalezas muertas... ¿Nos quedan cráneos?

Kea – Había uno de la abuela, pero lo convertí en un colador...

Aki, el cazador, llega arrastrando un cuerpo por los pies.

Kea – ¿Qué es esta horrorosidad?

Aki – Llamaremos a esto un accidente de caza...

Zora y Kéa se inclinan sobre el cuerpo.

Zora – Oh sí, definitivamente... Podría recuperar el cráneo...

Kea – No es alguien de los nuestros.

Zora – Es un Nandertal... El Jefe no estará contento...

Kea – ¿Cómo hiciste esto?

Aki – La confundí con un gran simio...

Zora – Es cierto que hay un parecido familiar, pero bueno...

Kea – ¿Qué tienes en la mano?

Aki – Es una canasta de setas...

Ken vuelve arreglando un poco su ropa, seguido de cerca por Mika, un poco despeinada.

Ken – ¿Qué está pasando?

Aki se queda perplejo ante la apariencia desaliñada de Ken y Mika.

Aki – Podría hacerles la misma pregunta...

Ken – Sí, pero yo pregunté primero.

Zora – Hay un problema, Gran Jefe...

Kea – Confundió a un Nandertal con un simio...

Rac llega. Tiene un aspecto guerrero y lleva un hacha en el cinturón.

Rac – ¿No son los Nandertales simios?

Zora – No exactamente...

Ken (*inclinándose sobre el cadáver*) – Oh no, maldita sea, Aki, ¿no hiciste esto?

Aki – Bueno, desde lejos... No siempre es evidente.

Ken – Como si no tuviéramos suficientes problemas en este momento.

Rac – Tienes razón, Aki, debemos enfrentarlos a estos monos.

Ken – Puede que sean monos, pero no estarán contentos de que hayamos matado a uno de ellos. Es humano...

Rac – ¡Pero no son humanos!

Ken – No confío en estos Nandertales...

Rac – ¡Ataquemos primero! ¡Son una banda de degenerados de todos modos!

Ken lo agarra por el pelaje y lo fulmina con la mirada.

Ken – ¿Puedes callarte, ¿sí? No puedo concentrarme.

Rac – Disculpa, Jefe...

Ken – Hasta ahora habíamos logrado vivir en paz con ellos. No vamos a ponerlo todo en duda por un simple accidente de caza...

Aki – En resumen, ¿es solo un homicidio involuntario, verdad?

Zora – ¿Y si les proponemos un arreglo amistoso?

Ken – ¿Un arreglo?

Rac – Con esos monos...

Ken – Bueno, mientras tanto, vamos a comer... Tengo un hambre feroz, no puedo pensar...

Mika – Es que con todo esto, no he preparado nada para comer... ¿Qué hacemos?

Todas las miradas se dirigen al cuerpo del Neandertal.

Mika – Si quieren, puedo hacerlo a la parrilla, para variar...

Kea – Y además se hace rápido.

Ken – A estas alturas...

Rac – Para mí bien jugoso. Porque la última vez estaba completamente quemado...

Kea – En su punto, por favor.

Zora – ¿Podrían guardarme el cráneo y las escápulas cuando terminemos de comer? Es para hacer frescos portátiles.

Negro.

ACTO 2

Ken, Rac, Aki, Mika, Kéa y Zora terminan su improvisada barbacoa. Apenas quedan huesos. Los comensales se limpian la boca ruidosamente con la manga.

Kea – No está tan mal, el Nandertal...

Aki – Es un poco como pollo, ¿no?

Zora – Sí, parece pavo...

Mika – El secreto está en la cocción. Con un chorrito de grasa de mamut, la carne queda muy tierna.

Rac – De lo contrario, puede estar un poco seca, está claro...

Aki – Y combina muy bien con los champiñones.

Zora – Sí, nunca pensamos en los champiñones.

Ken – Espero que esta barbacoa no nos pese en el estómago...

Un momento.

Kea – Es cierto que en teoría no se supone que debemos comer a nuestros vecinos.

Rac – Bueno, entonces, ¿qué hacemos con estos monos, Jefe? ¿Les atacamos?

Ken – No lo sé bien... Estos Nandertales son un poco degenerados, es cierto, pero también son muy astutos...

Rac – Astutos como monos...

Aki – Entonces, ¿qué propones, Gran Jefe?

Ken – Propongo que reunamos al consejo del clan.

Un momento de vacilación.

Kea – Al mismo tiempo, ya estamos todos aquí, Gran Jefe.

Ken – ¿Todos? ¿Pero dónde están los demás?

Kea – ¿Los demás?

Ken – Éramos más antes, ¿no?

Mika – A los demás nos los hemos comido, Jefe...

Otra vacilación.

Ken – Bueno... Entonces declaro abierta la reunión del consejo... Zora, consultaste las entrañas de este Nandertal. Incluso te las comiste. ¿Qué nos aconsejan los Dioses?

Zora – Los Dioses nos recomiendan evitar cualquier conflicto vecinal, Gran Jefe. Y organizar una gran exposición de reconciliación...

Rac – ¡Vaya tontería! ¡Nos hemos comido a uno de ellos! Para evitar conflictos vecinales, estamos en problemas...

Kea – Es cierto que es un asunto serio, Jefe...

Mika – No estamos hablando de despertar a los vecinos un domingo temprano cortando el césped, o algo por el estilo...

Ken – Entonces, ¿qué hacemos?

Zora – Podríamos darles algo como compensación.

Rac – ¿Por qué no también una indemnización?

Zora – Una obra maestra, por ejemplo...

Aki – Mejor algo para comer.

Ken – Aunque es cierto que se parecen mucho a los monos, dudo que se conformen con dos o tres plátanos. Después de todo, hay una muerte humana...

Rac – ¡Pero no son humanos!

Ken lo fulmina con la mirada nuevamente y se calla.

Zora – No, se necesitaría un gesto mucho más significativo...

Ken – ¿Un racimo de plátanos?

Zora – Me temo que eso no será suficiente para apaciguar su ira, Gran Jefe...

Ken – ¿Un platanero?

Kea – ¿Aún hay plataneros por aquí?

Aki – No desde la última glaciación.

Rac – Y sin embargo, todavía hay monos...

Un momento en el que reflexionan.

Ken – Por cierto, ¿era una hembra o un macho?

Rac – Era una hembra.

Mika – Me lo imaginaba, su carne siempre es más tierna.

Ken – ¿Podríamos darles una de nuestras mujeres a cambio?

Mika – ¿Una mujer?

Aki – Ya que fue una hembra la que nos comimos.

Rac – Ya no nos quedan muchas mujeres...

Aki – Apenas alcanza una por persona.

Rac – Y eso si contamos a Zora.

Zora – ¿Son caníbales los Nandertales?

Aki – ¡No pertenecemos a la misma especie! Si se comen a una de nuestras mujeres, no es realmente canibalismo...

Mika – Bueno, no vamos a jugar con las palabras...

Ken – Si les damos una de nuestras mujeres, no están obligados a comérsela.

Rac – Harán lo que quieran con ella.

Mika – Vaya...

Aki – ¿Cuál le daríamos?

Rac – ¿Kéa?

Aki – ¡Ah, no! ¡Ella es la única que cocina más o menos bien!

Zora – ¿Mika?

Ken – ¡Ah, no! Ella es la única que enciende bien el... (*Aki lo mira severamente.*) La única que sabe encender el fuego.

Un momento.

Mika – ¿Y por qué no les damos a uno de nuestros hombres en su lugar?

Ken – ¿Un hombre?

Kea – Nos comimos a una mujer. Eso no significa que no podamos darles un hombre a cambio, al contrario.

Aki – ¿Por qué al contrario?

Mika – Parece que piensan que un hombre vale más que una mujer...

Rac – ¿Y qué?

Kea – Así salen ganando. Eso debería calmarlos...

Zora – Y al final, un hombre o una mujer, sigue siendo carne.

Ken – Es cierto que si les damos un hombre, habrá más mujeres para los que queden...

Zora – Eso es muy masculino, como punto de vista...

Ken – Bueno... ¿Algún voluntario?

Silencio.

Ken – ¿Aki?

Mika – ¡Es el único que sabe cazar correctamente!

Rac – ¡Hablas en serio! ¡Confundió a un mono con un Nandertal! De verdad, todo esto es culpa suya, después de todo. Sería solo justicia...

Ken – Aunque nos quedaríamos sin nada que comer...

Zora – ¿Rac?

Ken – En caso de que las cosas se pongan feas con los Neandertales, todavía necesitaríamos su fuerza disuasoria...

Mika – Y además, es el único que sabe más o menos bien hacer el am... la guerra, precisamente.

Zora – Bueno, ¿qué opciones nos quedan?

Las miradas se dirigen hacia el jefe.

Ken – Les recuerdo que soy el jefe del clan.

Rac – Ya lo sabemos...

Ken – ¿Perdón?

Rac – No, no, nada en absoluto, Gran Jefe...

En ese momento se escucha una voz femenina fuera bastante estridente, con una entonación de alta sociedad.

Beatriz – ¿Hay alguien en esta cueva? ¿Los Sapionces están aquí?

Todos los miembros del clan se quedan inmóviles.

Ken – ¿Estamos esperando a alguien para cenar?

Kea – No...

Aki – Deben ser ellos...

Zora – ¿Quiénes ellos?

Mika – ¡Los Nandertales!

Rac – Mierda...

Ken se levanta, un poco avergonzado, para recibir a su invitada.

Ken – ¡Sí, sí, estamos aquí! Pase, por favor, está abierto...

Beatriz llega, vestida en un estilo futurista.

Beatriz – ¡Hola, hola! ¿Cómo les va a ustedes, los Sapionces? ¡Espero no interrumpir, al menos?

Kea – Disculpa por el desorden... No tuvimos tiempo de hacer la limpieza... Si hubiéramos sabido que íbamos a recibir visita...

Beatriz – Soy yo quien se disculpa por interrumpirlos en plena comida familiar dominical...

Ken – Por favor, siéntese... No somos salvajes, después de todo...

Beatriz duda un momento sobre dónde sentarse y luego toma asiento.

Mika – ¿Ya han comido?

Kea le lanza una mirada desaprobadora.

Beatriz – Estábamos a punto de hacer un picnic, pero no quiero molestarlos...

Kea – Lamentamos mucho este trágico incidente, estimada señora...

Beatriz – ¿Entonces ya conocen el motivo de mi visita?

Ken – Y estamos totalmente dispuestos a buscar juntos un compromiso que satisfaga a ambas partes...

Beatriz – Es muy amable de su parte, pero...

Ken – Estamos dispuestos a cumplir con todas sus exigencias para preservar las buenas relaciones que han existido hasta ahora entre nuestras dos especies...

Aki – Si es necesario, incluso nos arrepentiremos.

Ken – Estamos escuchando, sus deseos serán órdenes...

Beatriz está muy impresionada por esta preocupación.

Beatriz – Bueno... Gracias por su colaboración, de verdad. Estoy muy conmovida... Entonces, estaba paseando por el bosque con mi esposo. Estábamos buscando un lugar tranquilo para tener relaciones sexuales...

Kea – Seguramente quiere decir para hacer un picnic, ¿verdad?

Beatriz – ¿No es lo que dije? En fin, había enviado a mi suegra a buscar setas mientras preparábamos la mesa... Y desde entonces, no sabemos en absoluto dónde ha desaparecido.

Silencio entre los Sapionces.

Ken – Créanos, estimada señora, que estamos muy preocupados por enterarnos de esto.

Aki – Aunque por supuesto, no tenemos ninguna responsabilidad en esta inquietante desaparición.

Zora – ¿Cómo podríamos ayudarla?

Beatriz – ¿Alguno de ustedes la ha visto, por casualidad?

Ken – ¿Cómo era su suegra?

Beatriz – Bueno... una suegra normal.

Ken – ¿Alguien aquí ha visto a la suegra de la señora?

Los demás simulan no saber nada.

Beatriz – Tal vez haya caído en un agujero...

Aki – Es cierto que hay muchos por aquí...

Beatriz – A menos que haya sido devorada por animales salvajes...

Kea – Lamentablemente, también es una posibilidad.

Zora – O tal vez haya ingerido accidentalmente algunos hongos alucinógenos y en este momento esté corriendo como loca por el bosque, medio desnuda, gritando que el fin del mundo está cerca.

Beatriz – ¿En serio? Debo admitir que estaría bastante curiosa por ver eso...

Rac – Los hongos son muy delicados cuando no se conocen.

Beatriz – En cualquier caso, huele muy bien aquí...

Mika – Sí, hicimos una barbacoa. Y precisamente algunos hongos.

Aki – Pero estos son comestibles.

Beatriz – Tienes razón... Una vida sencilla... Comida saludable... A veces realmente me pregunto qué es lo tan positivo que la civilización nos ha traído a nosotros, los Nandertals... (*Su teléfono suena y ella contesta.*) ¿Eduardo? No, estoy en la cueva con los Sapionces... Voy a colgar porque la señal es muy mala aquí dentro... ¿Te unes a nosotros? De acuerdo, hasta luego... (*Guarda su teléfono.*) Disculpen... Lo primero que tiraría si volviera a ser una bestia, como ustedes, sería mi teléfono móvil...

Ken – ¿Estás segura de que no quieres...

Beatriz – Es muy amable de su parte, no puedo resistirlo... ¿Me lo permiten?

Kea – Por supuesto...

Beatriz toma un trozo de carne y lo prueba.

Beatriz – ¡Absolutamente delicioso! Se nota un pequeño sabor a caza. ¿Qué es?

Aki – Pavo...

Beatriz – Ah, vaya... No sabía que se habían dedicado a la cría. Pensaba que todavía eran cazadores-recolectores...

Kea – Es pavo salvaje.

Aki – Si recogieras la mesa, Mika...

Mika recoge los huesos que están tirados y los lleva detrás del escenario. En ese momento se escucha otra voz, masculina esta vez.

Eduardo – Beatriz, ¿estás por aquí?

Beatriz – Sí, cariño, ¡aquí estoy con los Sapionces!

Eduardo llega vestido con el mismo estilo que su esposa.

Eduardo – Ah, estaba empezando a preguntarme si también habías desaparecido... ¡Señoras y señores, buen provecho!

Beatriz le entrega su trozo de carne asada.

Beatriz – Hicieron una barbacoa... Es absolutamente divino... Aquí, prueba...

Eduardo da un bocado.

Eduardo – Ah sí, está... Está exquisito... Pero es bastante fuerte... ¿Es carne pasada?

Beatriz – En cambio, no hay rastro de tu madre...

Eduardo – Al final la encontraremos... (*Mirando condescendentemente la decoración*) Es realmente encantador aquí. Muy pintoresco, ¿verdad, Beatriz?

Beatriz – Sí, es típico... ¿Nunca pensaron en abrir una casa de huéspedes? Estoy segura de que sería un éxito.

Eduardo – Pasar el fin de semana en una cueva. Realmente podría ser muy divertido.

Beatriz – Y les permitiría ganar un poco de dinero para acceder al confort moderno. ¡Podrían comprarse un televisor!

Eduardo – Pero ya sabes, cariño, nuestros amigos los Sapionces son un poco reacios al progreso...

Beatriz – Es cierto que el progreso no siempre es bueno. A veces también me gustaría vivir medio desnuda como ustedes. Comer carne cruda en el fondo de una cueva insalubre y tener relaciones sexuales en familia...

Eduardo – Disculpen, debe ser el aire fresco...

Mika – Tal vez deberíamos pasar al salón...

Zora – ¿Y si les muestro mis pinturas rupestres?

Eduardo – ¿Pintan en las paredes?

Beatriz – ¡Pero eso es realmente apasionante!

Eduardo – Y muy de moda.

Rac (*susurrando a Ken*) – ¿Y si también nos los comemos a ellos? Todavía tengo un poco de hambre...

Ken (*susurrando al otro lado*) – No podemos simplemente comer a todos aquellos con quienes tenemos una pequeña disputa de vecinos...

Zora – Sigamos al guía...

Kea – Está al final de la cueva...

Salen.

Negro.

ACTO 3

Los Sapiónces y los Nandertales regresan.

Beatriz – No, es realmente hermoso... Muy... Muy colorido, ¿verdad, Eduardo?

Eduardo – Sí, es muy... Es arte primitivo, ¿no?

Beatriz – Por supuesto, es arte primitivo. ¿Qué más podría ser?

Eduardo – Es muy cavernícola, en cualquier caso.

Zora – ¿Realmente les gusta?

Beatriz – Ah, no, deberían exponer, les aseguro.

Eduardo – O abrir una galería, sería más práctico. Como los cuadros están pintados en rocas...

Ken – Nosotros, en cualquier caso, no nos ha ayudado mucho en la caza.

Aki – No, desde ese punto de vista, no podemos decir que...

Beatriz – Habríamos tomado uno o dos para nuestra sala, pero no pensamos en llevar un martillo neumático con nosotros...

Eduardo – Rara vez pensamos en llevar un martillo neumático cuando vamos de picnic al bosque, es una lástima...

Zora – Oh, pero también pinto en cráneos, si lo desean. O en omóplatos.

Beatriz – ¿De verdad?

Eduardo – Por cierto, eso me hace pensar que todavía no hemos encontrado a mi madre...

Beatriz – Ah, sí, es verdad, casi la olvidé...

Eduardo – ¿Crees que podría haberse perdido intentando buscar champiñones en una de estas cuevas?

Beatriz – Está claro que cuando no se conoce... Es inmenso, ¿verdad?

Eduardo – Y en la oscuridad, además.

Beatriz – Siempre deberíamos equipar a nuestra suegra con un dispositivo de localización GPS...

Eduardo – Todas estas galerías que serpentean infinitamente...

Beatriz – Es largo como un tubo digestivo...

Eduardo – Bueno, los primitivos, no es que nos aburramos...

Beatriz – Sí, no queremos molestarlos por más tiempo...

Eduardo (*volviéndose hacia los Sapionces*) – ¿Y si aún así trajéramos uno a casa?

Beatriz – Son frescos, Eduardo. ¡Están hechos directamente en las paredes de la cueva!

Eduardo – ¡Hablaba de traer un Sapionce! Lo haríamos tranquilamente esta noche en la barbacoa del jardín. Debemos aceptarlo, Beatriz, realmente no estamos hechos para los picnics en el bosque...

Beatriz – ¿De verdad crees eso? La barbacoa siempre humea un poco, ya sabes. Sin mencionar los olores. No quiero tener problemas con los vecinos...

Los Sapionces se miran horrorizados.

Mika – ¿También son caníbales ustedes?

Kea – Pensábamos que eran personas civilizadas...

Aki – Lo cual no es necesariamente un cumplido viniendo de nuestra boca.

Beatriz – ¡Vamos, por favor! No somos de la misma especie...

Eduardo – Así que no podemos realmente hablar de antropofagia.

Rac – Eso es lo que he estado tratando de explicarles.

Eduardo – Para nosotros, ustedes son solo carne, después de todo.

Kea – ¿Alguna vez han escuchado carne hablar?

Zora – ¿Y pintar magníficos frescos en las paredes?

Eduardo – No vamos a caer en el sentimentalismo, tampoco.

Beatriz – Vamos, no se comporten como niños, sean razonables.

Eduardo saca un arma futurista, como una pistola láser, que apunta hacia los Sapionces.

Eduardo – ¿Cuál elegimos, cariño?

Beatriz (*señalando a Mika*) – Esa parece estar bien rellena.

Eduardo – Incluso un poco grasosa... Si no quieres que haya mucho humo para los vecinos... (*Dirigiéndose a los hombres*) ¿Y por qué no un macho?

Beatriz – Ah, sí, ¿por qué no?

Mika – Les decía lo mismo antes...

Eduardo apunta su arma hacia Aki.

Aki – Esperen, Nandertales, creo que hay un problema...

Beatriz – ¿Un problema?

Mika – Su suegra... Nunca volverá con sus champiñones...

Eduardo – ¿Mamá?

Beatriz (*al ver la cesta vacía*) – ¡Dios mío, es la cesta de mimbre de mi suegra!

Aki – Fue un accidente...

Mika – Un accidente de caza, para ser más precisos.

Rac – La confundimos con un macaco.

Beatriz – Es triste, pero tenía que suceder algún día. Aunque admito, Eduardo, que tu madre se parecía mucho a un macaco...

Eduardo – Oh, Dios mío...

Beatriz – Resulta que una vez la llevamos al zoológico y los cuidadores nunca nos permitieron llevárnosla de vuelta. ¡Tuvimos que hablar con el director! ¿Está seguro de que realmente murió?

Ken – Oh, absolutamente seguros, se lo garantizo.

Eduardo – Estos Sapionces realmente son unos animales... Y casi estábamos considerando asar uno en el espetón...

Beatriz – Quería mucho a mi suegra.

Eduardo – Estoy completamente destrozado...

Beatriz – ¿Podemos al menos recuperar el cadáver de la difunta?

Kea – ¿Para su barbacoa de esta noche?

Eduardo – ¡Para hacer nuestro duelo!

Beatriz – No somos caníbales, ¡por favor! Se lo he dicho muchas veces.

Ken – Por supuesto...

Mika – Sin embargo, ahí es donde surge un problema.

Rac – Y más de uno...

Eduardo – ¿Qué pasa ahora?

Mika – No será fácil recuperar el cuerpo...

Beatriz – ¿Y por qué no?

Rac – Nos la hemos comido, a la vieja.

Eduardo – ¿Se comieron a mi madre?

Rac – No había mucho para comer alrededor del hueso, pero bueno. No estaba malo.

Mika – Y también la probaron.

Eduardo – Ah, entiendo...

Beatriz – Lo sabía... Esta carne está un poco dura...

Eduardo – Si pudieras evitar hablar de carne en referencia a mi madre...

Beatriz – Lo siento, Eduardo...

Zora – Entonces, si nos comen, al igual que nosotros comimos a uno de los suyos, estarían comiendo un poco de su propia carne...

Kea – De hecho, ya han empezado.

Beatriz – Es muy delicado por su parte recordárnoslo...

Ken – Ahí no hay duda, eso los convertiría en caníbales. Como nosotros...

Kea – Sí... Ahora somos un poco de la misma especie.

Aki – Por fusión absorción, como diría el otro...

Beatriz – Hay que admitir que es un razonamiento válido... Entonces, ¿qué hacemos, Eduardo?

Eduardo – Vamos a llevarnos uno de todos modos... como recuerdo.

Beatriz – ¿Llevarnos qué, cariño?

Eduardo – Un Sapionce.

Beatriz – ¿Como recuerdo de qué?

Eduardo – ¡Como recuerdo de mi madre!

Beatriz – ¡Claro!

Negro.

ACTO 4

Cambio de escenario. Estamos en el desván de los Nandertales. Algunos cuadros de inspiración prehistórica cuelgan en las paredes. Eduardo y Beatriz están sentados en el sofá. Ken y Mika están acostados a sus pies, como mascotas. Un pequeño árbol de Navidad está en una esquina.

Beatriz – Fue una muy buena idea traer a estos Sapionces a casa.

Eduardo – Ahora que mi madre ya no está, nos hacen compañía...

Beatriz – Que Dios tenga su alma.

Eduardo – Duermen la mayor parte del día, pero bueno...

Beatriz – Eso también es mejor que tu madre...

Eduardo mira cariñosamente a Mika y le acaricia el cabello.

Eduardo – Solo les falta hablar.

Beatriz – Pero ellos hablan, ¿no?

Eduardo – Ah sí, es cierto... Antes hablaban... Pero cada vez hablan menos, ¿lo has notado?

Beatriz – Hablan menos que tu madre, eso seguro.

Eduardo – ¿Por qué duermen todo el día así? Tal vez se aburren...

Beatriz – Es cierto que tener Sapionces en un apartamento no es lo ideal, pero bueno...

Eduardo – Y aún así, por suerte hemos tomado una pareja.

Beatriz – ¿Crees que pueden reproducirse en cautiverio?

Eduardo – Lo dudo.

Beatriz – ¿Y por qué no?

Eduardo – Castré al macho.

Beatriz – Ah, por eso, eso me parecía...

Eduardo – ¿Qué?

Beatriz – No, nada...

Eduardo – ¿Y pensar que casi nos los comemos, recuerdas?

Beatriz – Sí, es tonto, pero nos hemos encariñado...

Eduardo – Me resultaría extraño ahora, creo, si tuviéramos uno en nuestro plato.

Beatriz – ¿Qué hora es, por cierto?

Eduardo – Casi las diez.

Beatriz – ¡Dios mío, ya! Es hora de nuestra cena de Nochebuena entonces...

Eduardo – Ah sí... De lo contrario, llegaremos tarde a la misa de medianoche...

Beatriz aplaude para despertar a los Sapionces.

Beatriz – ¡Vamos, vamos! Despierten, Sapionces. ¡Es hora de la sopa!

Eduardo – ¿Comemos sopa?

Beatriz – Es una forma de hablar, Eduardo... Con ellos, trato de usar palabras simples para que puedan entender.

Ken y Mika se sacuden y se levantan.

Eduardo – La ventaja, en comparación con los animales comunes, es que ellos nos cocinan...

Beatriz – Y si me permites decirlo, mucho mejor de lo que lo hacía tu madre.

Eduardo – Incluso nos hacen compañía en la mesa... Bueno, cada vez menos, pero aún así...

Beatriz – Bueno, los dejamos encargados de servir la cena, Sapionces... Nosotros iremos a arreglarnos un poco para la Nochebuena.

Eduardo y Beatriz salen. Los dos Sapionces comienzan a preparar la mesa y colocar los platos.

Ken – No recuerdo, ¿el tenedor va a la derecha o a la izquierda?

Mika – Depende...

Ken – ¿De qué?

Mika – Si la persona es diestra o zurda.

Ken coloca los cubiertos de cierta manera.

Mika – Eh, no... Creo que es al revés. Él es diestro.

Ken cambia los cubiertos de lugar. Luego su mirada cae sobre uno de los cuadros.

Ken – ¿Recuerdas cuando vivíamos con los demás en la cueva?

Mika – Cada vez menos...

Ken – ¿No te arrepientes?

Mika – Aquí al menos hay calefacción. El refrigerador siempre está lleno y la cocina está completamente equipada.

Ken – Pero extraño un poco el aire libre, a veces...

Mika – Y nuestras grandes comidas familiares... en ocasión de la muerte de un pariente.

Ken – O de un accidente de caza.

Mika – Me pregunto qué les habrá pasado.

Ken – Ya éramos pocos.

Mika – No supimos evolucionar, ese es nuestro problema.

Ken – Al mismo tiempo, mira a los Nandertales. ¿A dónde los llevó la evolución?

Mika – El problema con la evolución es que al final, conduce inevitablemente a la decadencia...

Ken – Es cierto. ¡Esos Nandertales están completamente degenerados! Ayer, la hembra incluso intentó saltar sobre mí en el baño. Aunque no somos de la misma especie...

Mika – Puede que estén degenerados y sean zoófilos, pero mientras tanto, somos nosotros quienes les servimos de mascotas...

Ken – Aún prefiero el término "animales de compañía", es menos degradante...

Mika – Si necesitan animales de compañía, es porque se aburren hasta la muerte.

Ken – Nosotros nunca nos aburríamos, ¿recuerdas?

Mika – Siempre teníamos algo que hacer...

Ken – Solo intentar no morir de hambre nos mantenía ocupados a tiempo completo.

Eduardo y Beatriz regresan, listos para la celebración, con accesorios de fiesta como serpentinas.

Beatriz – ¿Todo está listo para la fiesta?

Mika – ¡Podemos sentarnos a la mesa!

Eduardo – Todo parece delicioso. ¿Qué es esto?

Ken – Son champiñones.

Beatriz – Ah, pusieron el tenedor del lado equivocado otra vez.

Beatriz cambia los cubiertos de lugar.

Eduardo – Al menos algo debe distinguirlos de nuestra especie superior...

Se sientan los cuatro y comienzan a comer en silencio por un momento. Los dos neandertales juegan un poco con sus cotillones tratando de ser alegres, mientras los sapiens los miran con indiferencia. Pero los neandertales se aburren muy rápido.

Eduardo – Entonces, ¿qué nos cuentan los sapiens para distraernos un poco?

Mika – Nada.

Beatriz – ¿Cómo que nada?

Ken – Nos aburrirnos tanto con ustedes.

Mika – No tenemos nada que decirles.

Ken – Si esto sigue así, perderemos por completo el uso del habla.

Beatriz – Son graciosos, ¿no?

Eduardo – Muy graciosos.

Beatriz – Es como si fueran nuestros hijos...

Eduardo – Podríamos adoptarlos.

El timbre de la entrada suena.

Beatriz – ¿Quién puede ser a esta hora?

Eduardo – ¿Mi madre?

Beatriz – ¡Tu madre está muerta! Ellos se la comieron.

Eduardo – ¿Amigos?

Beatriz – ¡También están todos muertos!

Eduardo – Es cierto...

Beatriz – Somos los últimos nandertales.

Eduardo – ¿Papá Noel?

Beatriz – Sabes que Papá Noel no existe.

Eduardo – No deberías decirles eso... Estoy tratando desesperadamente de inculcarles algunos elementos de metafísica.

Beatriz – Voy a ver...

Se levanta y abre la puerta.

Beatriz – ¡Ustedes! ¡Qué sorpresa divina! ¡Son los sapionces, Eduardo, que vienen a pasar la Navidad con nosotros!

Entra el resto de los sapionces: Aki, Rac, Kéa y Zora. Traen regalos, como los reyes magos.

Eduardo – ¿Qué hacen aquí?

Aki – Estábamos buscando un capón y un pavo para asar. Pensamos aprovechar para pasar a desearles una feliz Navidad.

Beatriz – Es muy amable de su parte, pero para los regalos no era necesario...

Eduardo – Y nosotros que no hemos planeado nada para ustedes... Sinceramente, es un poco embarazoso...

Beatriz – ¿Qué es esto?

Eduardo y Beatriz abren sus respectivos regalos.

Eduardo – ¡Un hacha de piedra tallada!

Beatriz – ¡Un dinosaurio de peluche!

Eduardo – ¡Muchas gracias, de verdad!

Beatriz – Nos conmueve mucho...

Eduardo – Me recuerda aquella maravillosa tarde que pasamos con ustedes en esa cueva. (A Zora) ¿Sigues pintando?

Zora – ¿Quieren venir a pasar la Navidad con nosotros? ¡Les mostraré mis últimas obras!

Eduardo – Es muy amable de su parte, pero...

Beatriz – Para nosotros, el regreso a un estado salvaje, ya saben... es un poco tarde...

Mika – Bueno, entonces no los molestaremos más...

Eduardo – Pueden llevarse a estos dos si quieren... De todos modos, no tienen ninguna conversación...

Beatriz – Podrán comérselos para Año Nuevo.

Aki – ¡Entonces, feliz Navidad!

Eduardo – ¡Adiós!

Los sapionces se van. Eduardo y Beatriz quedan solos.

Eduardo – ¿Qué hacemos? ¿Abrimos el gas para suicidarnos?

Beatriz – Mejor encendamos la televisión.

Eduardo – Tienes razón, es más seguro...

Enciende la televisión.

Beatriz – ¿Qué están pasando?

Eduardo – Un documental sobre la extinción de los últimos televidentes de la televisión.

Se desploman lentamente en su sofá. Ken regresa con Mika, seguidos por los otros cuatro sapionces.

Mika – Deben ser los hongos que no les sentaron bien.

Ken – ¿No vamos a dejar toda esta comida?

Mika – Sería una lástima desperdiciarla...

Negro.

ACTO 5

Una combinación de los dos escenarios anteriores. Una cueva estilo pesebre de Navidad con un árbol en una esquina y un televisor en la otra. Los sapionces están comiendo.

Ken – Bravo, Mika, realmente delicioso.

Kea – Sí, la cocción es perfecta. De hecho, me serviré de nuevo, por cierto...

Rac – Disfruten, porque son los últimos... La especie acaba de extinguirse...

Aki – Sí, ahora somos la especie superior.

Zora – ¿De qué exactamente murieron los nandertales?

Mika – Murieron de aburrimiento... viendo la televisión.

Ken – Si no logramos liberarnos por completo de la teoría de la evolución, al menos debemos tener cuidado con este aparato diabólico.

Rac – Pueden contar con nosotros, Jefe. Haremos lo imposible para seguir vegetando como lo hemos hecho hasta ahora.

Kea – De todos modos, qué alegría estar todos juntos para celebrar la Navidad en familia. Como en los buenos tiempos...

Se escuchan llantos de bebé.

Mika – A este intentaremos no comérselo... Si queremos tener una oportunidad de perpetuar la especie.

Ken – Este niño no se parece en absoluto a mí... ¿Estás segura de que es mío, Mika?

Mika – ¿Por qué no sería tuyo?

Ken – Eduardo me llevó al veterinario hace un año hablando de una pequeña intervención benigna, y cuando desperté, ya no tenía testículos.

Aki – Este niño no nació por obra del Espíritu Santo...

Kea – Tal vez sea hijo de Papá Noel.

Mika – A menos que sea de Eduardo.

Kea – Pensaba que los sapionces y los nandertales no eran de la misma especie y no podían cruzarse...

Mika – Debe ser un error de clasificación...

Zora – ¡O un milagro!

Nuevos llantos del bebé.

Ken – Siento que no hemos terminado de aburrirnos con este divino niño.

Un tiempo en el que siguen comiendo mientras miran la televisión, como fascinados.

Rac – ¿De qué están hablando en la televisión?

Ken – De la reaparición de los dinosaurios.

Kea – La era glacial ha terminado entonces.

Mika – Sí, huele a cambio climático.

Aki – ¿Creen que es el fin del mundo?

Kea – ¿El fin de la historia?

Zora – En cualquier caso, es el fin de esta prehistoria.

Negro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-
Beatriz
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas Callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-941-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.